

- ¿Creemos realmente en la presencia y acción del Espíritu Santo como alma de la Iglesia?
- ¿Queremos comenzar este camino, dejando el papel principal al Espíritu del Señor?

(Momento de silencio)

Cantamos: Iglesia Peregrina, estrofa 1 y 3

Tercer Momento: La Misión

Todo este proceso del Sínodo tiene un objetivo final: permitir al Espíritu que nos impulse a la Nueva Evangelización en este tiempo de Misión continental.

El Nuevo Testamento nos presenta a Cristo como misionero del Padre. Especialmente en el Evangelio de San Juan, Jesús habla de sí tantas veces a propósito del Padre que Lo envió al mundo. Jesús dice: «La palabra que habéis oído no es mía, sino del Padre que me envió» (Jn 14,24).

En este momento somos invitados a fijar nuestra mirada en Él, porque la misión de la Iglesia subsiste solamente en cuanto prolongación de aquélla de Cristo: «Como el Padre me envió, así también yo os envío a vosotros» (Jn 20,21). El evangelista pone de relieve, incluso de forma plástica, que esta consignación acontece en el Espíritu Santo: «Sopló sobre ellos diciendo: 'Recibid el Espíritu Santo...'» (Jn 20,22).

La misión de Cristo se realizó en el amor. Encendió en el mundo el fuego de la caridad de Dios (cf. Lc 12,49). Es el amor que da la vida: por eso la Iglesia es invitada a difundir en el mundo la caridad de Cristo, para que los hombres y los pueblos «tengan la vida y la tengan en abundancia» (Jn 10,10).

La Iglesia se siente discípula y misionera de ese Amor: misionera solamente en tanto discípula, es decir, capaz de siempre dejarse atraer, con renovado arrobamiento, por Dios que nos amó y nos ama primero (1Jn 4,10). La Iglesia no hace proselitismo. Crece mucho más por "atracción": como Cristo "atrae todo a sí" con la fuerza de su amor, que culminó en el sacrificio de la Cruz, así la Iglesia cumple su misión en la medida en la que, asociada a Cristo, cumple su obra conformándose en espíritu y concretamente con la caridad de su Señor.

Nosotros creemos en el Dios Amor: ésta es vuestra fuerza que vence al mundo, la alegría que nada ni nadie os podrá arrebatar, ¡la paz que Cristo conquistó para vosotros con su Cruz! La fe no es una ideología política, ni un movimiento social, como tampoco un sistema económico; es la fe en Dios Amor, encarnado, muerto y resucitado en Jesucristo, el auténtico fundamento de esta esperanza que produjo frutos tan magníficos desde la primera evangelización hasta hoy.

Mirando fijamente a Jesús, misionero del Padre, nos preguntamos:

- ¿Estoy convencido del llamado a la misión que Jesús hace a cada uno de nosotros en este tiempo?
- ¿Creo verdaderamente en ese Dios Amor, capaz de atraer a todos hacia sí si lo sabemos presentar ante sus ojos?
- ¿Estoy dispuesto a emprender un camino de conversión espiritual y pastoral, que me disponga para ser, decididamente, un discípulo misionero?

(Momento de silencio)

Cantamos: Alma Misionera

a.m.d.g.



ADORACIÓN EUCARÍSTICA PARA ABRIR LAS ASAMBLEAS PARROQUIALES ARQUIDIÓCESIS DE PARANÁ - 2014-2016

MEDITACIONES INSPIRADAS EN LAS PALABRAS DE S.S BENEDICTO XVI EN LA HOMILIA DE APERTURA DE APARECIDA

- *Se propone distintos momentos de oración y adoración.*
- *Se pueden utilizar con toda libertad todos los elementos o algunos de ellos.*

Señor nuestro, y Dios nuestro:

Creemos firmemente que estás aquí: que nos ves, que nos oyes.

Te adoramos con profunda reverencia.

Te pedimos perdón por nuestros pecados, y tu gracia para hacer con fruto este momento de Adoración.

Nuestra Señora del Rosario, San Juan Pablo II, Beato Cura Brochero: rueguen por nosotros.

Primer Momento: En el Cenáculo, el corazón de María

Leemos de los Hechos de los Apóstoles

"Los Apóstoles regresaron entonces del monte de los Olivos a Jerusalén. Cuando llegaron a la ciudad, subieron a la sala donde solían reunirse. Todos ellos, íntimamente unidos, se dedicaban a la oración, en compañía de algunas mujeres, de María, la madre de Jesús, y de sus hermanos."

"Al llegar el día de Pentecostés, estaban todos reunidos en el mismo lugar."

De pronto, vino del cielo un ruido, semejante a una fuerte ráfaga de viento, que resonó en toda la casa donde se encontraban. Entonces vieron aparecer unas lenguas como de fuego, que descendieron por separado sobre cada uno de ellos. Todos quedaron llenos del Espíritu Santo, y comenzaron a hablar en distintas lenguas, según el Espíritu les permitía expresarse”

Palabra del Señor

Estamos comenzando un proceso de “discernimiento, purificación y reforma”, que nos conduce al Sínodo Arquidiocesano. Y es muy importante descubrir cuál es el “lugar”, la “actitud”, el “método” y “el fin” que buscamos para hacerlo bien. Para que el Sínodo no sea tanto obra de los hombres, sino sobre todo obra del Espíritu.

El lugar espiritual en que nosotros queremos celebrar el Sínodo es el Cenáculo, o, mejor aún, el corazón de María. María nos acoge, como Madre y Maestra, nos ayuda a elevar a Dios una plegaria unánime y confiada.

La Eucaristía, la Adoración eucarística vivida en comunión con María, constituye el fundamento más sólido del Sínodo. En efecto, solo la caridad de Cristo, emanada por el Espíritu Santo, puede hacer de esta reunión un auténtico acontecimiento eclesial, un momento de gracia para nuestra Arquidiócesis y para el mundo entero.

La “actitud” adecuada para la celebración del Sínodo es la de María. Ella nos enseña sobre todo a dar espacio a la Palabra de Dios, acogiéndola con alegría, con el corazón abierto y dócil, a fin de que, por el poder del Espíritu Santo, Cristo pueda nuevamente “hacerse carne” en el hoy de nuestra historia.

En presencia del Señor, queremos hoy preguntarnos, personalmente y como comunidad:

- ¿Sentimos el calor maternal de María del Rosario?
- ¿Vivimos con ella y desde Ella la Iglesia como una familia?
- Al pensar en el Sínodo, ¿nos sentimos dispuestos a que el Señor nos hable al corazón? ¿Tenemos el corazón abierto y dócil?

(Momento de silencio)

Cantamos: Ven Espíritu de Dios

Segundo Momento: El Método

Leemos de los Hechos de los Apóstoles

“Los Apóstoles y los presbíteros se reunieron para deliberar sobre este asunto. Al cabo de una prolongada discusión, Pedro se levantó y dijo: «Hermanos, ustedes saben que Dios, desde los primeros días, me eligió entre todos ustedes para anunciar a los paganos la Palabra del Evangelio, a fin de que ellos abracen la fe. Y Dios, que conoce los corazones, dio testimonio en favor de ellos, enviándoles el Espíritu Santo, lo mismo que a nosotros (...)”

Después, toda la asamblea hizo silencio para oír a Bernabé y a Pablo, que comenzaron a relatar los signos y prodigios que Dios había realizado entre los

paganos por intermedio de ellos.”

“Luego de que Santiago tomara la palabra, eligieron a Judas, llamado Barsabás, y a Silas, hombres eminentes entre los hermanos y les encomendaron llevar la siguiente carta: «Los Apóstoles y los presbíteros saludamos fraternalmente a los hermanos de origen pagano, que están en Antioquía, en Siria y en Cilicia. (...) El Espíritu Santo, y nosotros mismos, hemos decidido no imponerles ninguna carga más que las indispensables. (...) Harán bien en cumplir todo esto. Adiós.»”

Palabra del Señor

Los Hechos de los Apóstoles se refieren al así llamado “Concilio de Jerusalén”, la primera reunión de la Iglesia para discernir la voluntad de Dios frente a circunstancias nuevas. Más allá del contenido de la discusión, es valioso lo que se transcribe sobre el modo de afrontar los problemas y la decisión final. Nos señala el “método” eclesial.

Esta página de los Hechos nos es muy apropiada, al comenzar el camino hacia el sínodo. Nos habla del sentido del discernimiento comunitario en torno a los grandes problemas que la Iglesia encuentra a lo largo de su camino y que vienen a ser aclarados por los “Apóstoles” y por los “ancianos” con la luz del Espíritu Santo, el cual recuerda la enseñanza de Jesucristo (cf. Jn 14,26) ayudando así a la comunidad cristiana a caminar en la caridad en búsqueda de la verdad plena (cf. Jn 16,13).

Los jefes de la Iglesia discuten y se enfrentan. Unos hablan, otros escuchan, exponen sus opiniones encontradas con pasión y coherencia. Pero siempre, sin embargo en actitud de religiosa escucha de la Palabra de Cristo en el Espíritu Santo. Por eso, al final pueden afirmar: **«El Espíritu Santo, y nosotros mismos, hemos decidido»** (Hch 15,28).

Éste es el “**método**” con el cual nosotros actuamos en la Iglesia, tanto en las pequeñas como en las grandes asambleas. No es una simple cuestión de procedimiento; es el resultado de la misma naturaleza de la Iglesia, misterio de comunión con Cristo en el Espíritu Santo.

«El Espíritu Santo, y nosotros mismos...». Ésta es la Iglesia: nosotros, la comunidad de fieles, el Pueblo de Dios, con sus Pastores llamados a hacer de guías del camino; juntos con el Espíritu Santo, Espíritu del Padre mandado en nombre del Hijo Jesús, Espíritu de Aquél que es “mayor” de todos y que nos fue dado mediante Cristo, que se hizo “menor” por nuestra causa.

El Sínodo, para dar verdaderos frutos, tienen que ser obra del Espíritu. De ese Espíritu Paráclito, el Ad-vocatus, Defensor y Consolador. Él nos hace vivir en la presencia de Dios, en la escucha de su Palabra, libres de inquietud y de temor, teniendo en el corazón la paz que Jesús nos dejó y que el mundo no puede dar.

Ante Jesús, presente en la Eucaristía, nos preguntamos:

- ¿Estamos dispuestos a escuchar a los demás, y a expresarnos con libertad y caridad?